

**RELACION  
SOBRE  
LOS  
ACONTECIMIENTOS  
EN  
CUAPA**

## PRESENTACION

Cuapa es un pequeño valle, perteneciente al Municipio de Juigalpa, en Chontales. Sus habitantes son los más pequeños propietarios de fincas ganaderas. Es un lugar tranquilo y de pequeñas colinas, típicas de la región chontaleña.

Hace ya tres años, que uno de los campesinos del lugar, ha venido comunicando un mensaje, que dice haber recibido de María, en sucesivos sueños y apariciones.

Discernir la verdad de estos hechos, depende más de las señales extraordinarias de Dios, que del simple análisis de los acontecimientos.

Han circulado sin embargo, versiones que distorsionan los hechos y tergiversan los contenidos del mensaje. Por lo que, en el deber de vigilar por la sana piedad de los fieles y por la verdad de lo acontecido, en mi calidad de Obispo del lugar, me veo en la obligación de asegurar la autenticidad de los hechos, para poder ayudar a discernir el verdadero valor del mensaje aludido.

A este propósito, pedí la colaboración de algunas personas para recoger con la mayor fidelidad posible y del propio testimonio del vidente, una relación de los hechos, sin omitir los testimonios adjuntos que pudieran comprobar las relaciones de palabra.

Nos interesa en primer lugar, despejar el contenido del mensaje, para poder establecer su concordancia con el mensaje evangélico, que como Iglesia, nos toca pregonar y desarrollar en toda su fuerza y plenitud.

La "relación" que presentamos guarda la fidelidad al contenido y al lenguaje propio del vidente.

Por nuestra parte nos sorprende el acento que se pone sobre las responsabilidades que pesan sobre el hombre en el deber de "hacer la paz" y de "construir el mundo". Un acento religioso que no es típico de la religiosidad popular, que más bien se lo deja todo a Dios.

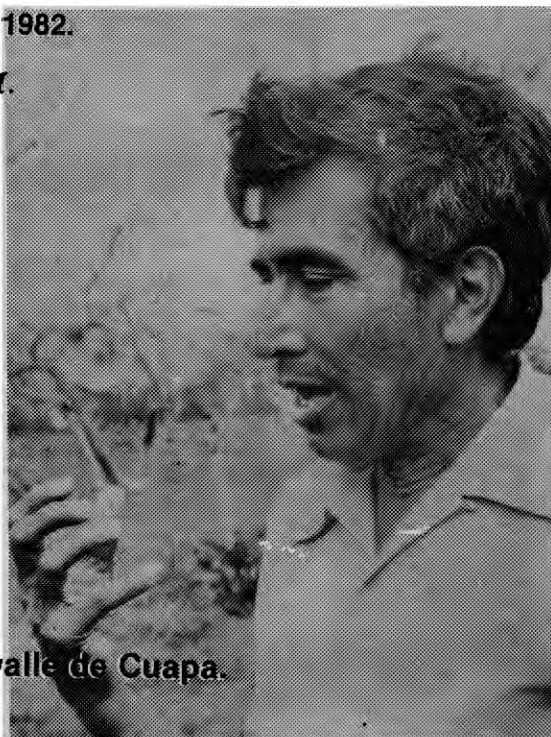
Sirva el relato que presentamos, como una invitación a reflexionar sobre los deberes sociales, que muchas veces se olvidan a gran parte de nuestros cristianos.

Juigalpa 13 de noviembre de 1982.

*Mons. Pablo Antonio Vega M.  
Obispo Prelado de Juigalpa*

**En el nombre del Padre,  
del Hijo y  
del Espíritu Santo.  
AMEN.**

**Yo, Bernardo Martínez,  
voy a contar a mi Obispo,  
Mons. Pablo Antonio Vega,  
los acontecimientos en el valle de Cuapa.  
Quiero obedecerle.  
En todo me someto a él.**



## SEÑALES DE LUCES

Fue en la capilla vieja donde empezaron las señales, en una fecha que no recuerdo; tal vez a finales de marzo. Entrando yo a la sacristía encontré una bujía encendida. Yo entonces culpé a Doña Auxiliadora Martínez porque creí que ella la había dejado encendida. En otra fecha que no recuerdo, volví a entrar a la capilla y hallé otra bujía encendida; tal vez en los primeros días de abril. Entonces culpé a Doña Socorro Barea. Yo no pensaba que venían del cielo estas señales y por eso formaba pleito con estas señoras, por el gasto de electricidad. Quería decirles que tuvieran más cuidado con la luz porque tenemos poco dinero. A mí se me habían dado las llaves... y siempre el que maneja las llaves de una casa tiene que tener más cuidado. Y esto era mi inconformidad.

Pero cuando quise ir a regañarlas y fui a la casa para hacerlo, entonces... no pude decir nada. Las miraba inocentes —en mi interior miraba yo eso— vela yo que las estaba culpando sin culpa. Pensé entonces no decir nada y si algo se gastaba más del mínimo, pagarlo yo.

El 15 de abril de 1980 miré la imagen toda iluminada. Pensé que eran los muchachos que jugando en la plaza habían quebrado las tejas y así era que entraba claridad sobre la imagen. También pensé que les iba a cobrar las tejas y la reparación, pues ya antes les había cobrado; desde entonces no lo había vuelto a hacer. Pero yo pensaba que ellos habían entrado intrusamente porque yo vivo lejos y pensé: "Ahora que yo no estaba, jugaron y me quebraron las tejas". Me acerqué para ver y vi que no había ningún agujero en el techo; salí para ver si por las ventanas entraba luz de fuera y no vi nada; volví cerca de la imagen a ver si le habían puesto un rosario fosforescente, miré las manos, los pies, el cuello... No era nada de eso. La luz no salía de ninguna cosa, la luz salía de ella. Para mí fue un gran misterio eso. Con la iluminación que ella daba se podía caminar sin tropezar. Y era de noche, casi las ocho de la noche porque había llegado tarde. Entonces fue cuando yo comprendí que esa cosa era extraña... y que ya no era una cosa común, pues... para mí... Yo pensé: "La Santísima Virgen, la Madre Santísima, está enojada conmigo porque yo he andado peleando con la gente y decidí pedirles perdón porque me conmovió tanto el verla así iluminada... la vi linda... la imagen... ahora... ya no la veo tanto...

Me fui a tocar la campana porque llegué con una hora de retraso y con lo de la iluminación, más tarde se me había hecho para el rezo del Rosario. En mi pensamiento tenía grabado todo aquello que había visto y pensaba: "Soy el culpable".

En estos pensamientos andaba cuando me acordé que mi abuelita me decía cuando era niño que nunca fuera candil de la calle y oscuridad de mi casa. Comprendí mi pecado: Quería que otros hicieran la paz y yo andaba peleando en mi casa. Digo esto porque había ayudado a solucionar un problema en el pueblo de Cuapa. Había división entre la gente porque muchos se oponían a que llegaran cubanos para la alfabetización. En especial se oponían los muchachos alfabetizadores. Ellos decían que entre todos podríamos hacerlo: profesores, alumnos del centro escolar y personas voluntarias del pueblo. Los muchachos estaban tan violentos que decían: "Si el Padre quiere que aquí vengan cubanos, que mejor se vaya él a su Italia" Pero poco a poco, hablando con el Padre arreglamos todo sin violencia. Digo que arreglamos todo porque a Cuapa no llegaron cubanos para la alfabetización.

Pero en la Comarca del Silencio hubo un problema con un muchacho que se enfermó y tuvieron que llevar a un cubano para suplirlo. Resulta que el cubano, al ver que los campesinos dan gracias a Dios por la comida, les decía: "No digan así. Digan como nosotros decimos: Gracias a Fidel que ya comi". Esto vino a ser como prueba de que llevábamos razón en no querer que llegaran cubanos a Cuapa porque este muchacho estaba enseñando a poner en el lugar de Dios a un hombre.

Yo pensé en todo esto y me volví al pensamiento de que allí ayudé a poner paz, pero en mi casa no lo estaba haciendo. Y así decidí pedirles perdón delante de toda la gente. Lo hice. Ellas me perdonaron.

Después del perdón público conté, a toda la gente que vino a rezar el Rosario, lo que había visto: la imagen iluminada. Pero les dije que lo guardaran en secreto. No fue así. El secreto corrió por todo Cuapa y yo sufrí con ello por las burlas que algunos hicieron.

Una de las hermanas en la comunidad fue a Juigalpa y se lo dijo al sacerdote que es nuestro párroco. El me decía cuando llegaba a Cuapa: "¿Qué tenés vos de nuevo?". Yo decía que nada y él insistía: "Vos tenés

algo”.

Un día llegué donde Doña Consuelo Marín y me preguntó, yo le conté todo lo sucedido y ella me dijo que lo creía y que le dijera a la Virgen que ella quería verla iluminada. Me hizo prometerle que le avisaría si la volvía a ver.

El Padre, el sacerdote, otro día me preguntó de nuevo y me refirió todo lo que ya le habían dicho. Yo le dije que sí... que era verdad. El me dijo que se lo dijera todo de nuevo. Se lo referí. El me preguntó que qué rezaba. Le dije que el Rosario y las tres Ave María a la Santísima Virgen desde que era pequeño. Y que mi abuelita me había enseñado a invocarla siempre que tuviera alguna tribulación, diciéndole: “No me dejes, Madre mía”. También me enseñó a decir: “*Es María Auxiliadora dulce faro de la mar.*”

*Es el amor de mi alma desde que yo supe amar.*

*Ella en mi niñez mis pasos guió,*

*y por eso desde niño siempre la quise yo”.*

Esto me lo enseñó de memoria porque ella no sabía leer. Entonces me dijo el sacerdote que hiciera oración y que le pidiera a la Santísima Virgen que si algo quería de nosotros, que se manifestara más claramente. Lo hice, pero rezaba así: “Madre Santísima, no me des a mí ningún encargo. Tengo muchísimos problemas en la Iglesia. Dale el encargo a otra persona porque yo quiero evitarme más problemas. Tengo muchos ahora. Ya no quiero más”. Así decía yo a la Santísima Virgen.

Con el correr de los días, la gente se empezó a olvidar de lo de la iluminación de la imagen. Yo, por mi parte, seguía con mi oración como el Padre me lo había ordenado.

Ahora yo comprendo que la Santísima Virgen como que quiso prepararme. Como lo hace un agricultor con su terreno; con aquella confesión en público que hice ante mis hermanos... con la que yo pedí perdón... Yo fui como el lugar donde se dio un cambio. Tuve un cambio con el que ella me preparó.

## PRIMERA VISION

En los primeros días de mayo me sentía triste con problemas económicos, con problemas de trabajo, aún más, con problemas espirituales. Y me sentía aburrido. Hasta había dicho en la mañana que deseaba morirme. Deseaba no existir. Había trabajado mucho por la gente del pueblo y veía yo que nada agradecían. Me sentía sin ganas de seguir adelante. En la capilla barría... quitaba el polvo... lavaba los manteles y las albas... Y por esto mismo yo era despreciado, me llamaban tonto. Hasta mi familia misma —mis hermanos de sangre decían que yo no prosperaba económicamente por andar en las cosas de la sacristía. Yo he sido sacristán, pero sin ganar dinero por ello. Empecé a trabajar en la casa de Dios desde que pude pasar el lampazo y la escoba... era yo entonces muy pequeño. Lo he hecho porque así sirvo al Señor. De todas maneras, hoy en Cuapa todo ha cambiado porque barrer la capilla es un honor. Hoy es un honor!! Las cosas del altar se lavan en un abrir y cerrar de ojos, cuando uno viene a darse cuenta ya están lavadas y planchadas.

Volviendo a cómo me sentía en los prime-

ros días de mayo, la noche del siete casi no dormí. Toda la noche tuve mucho calor y sintiendo este calor me levanté, comí algo y me dije: “Voy a ir al río a pescar para estar un rato fresco y sentirme más tranquilo”. Salí temprano de mañana con un costal y un machete. Me vine al río... y me sentí alegre... contento... en un ambiente agradable. Y no me acordaba de nada. Cuando llegaron las doce del día, no me quería ir porque sentía tranquilidad... gozo... Y no sentía hambre. A la una cayó una lluvia y me hice al haz de un árbol; me puse a rezar el Rosario. Cuando terminó la lluvia terminaba el Rosario. Estaba mojado, empapada toda la ropa. Recogí los pescados que estaban en la arena, los eché al costal y me vine a un palo de mangos a ver si ya estaban sazones. Después me fui a un monte a cortar una vara para coger coyoles. Enseguida me dirigí a un palo de jocote para cortar jocotes. Y pensé que era tarde. Entonces miré el sol porque no tengo reloj. Para nosotros en el campo el sol es el reloj donde leemos la hora. Eran las tres de la tarde. Las horas se me habían hecho minutos, me dije:

“Ya es tarde”. Y recordé que tenía que dar

de comer a los animales y luego irme al pueblo para rezar el Rosario con la comunidad a las cinco. Me fui, entonces, caminando de los jocotes en dirección a los palos de coyol. Cuando de pronto miré un relámpago. Pensé y dije: “Va a llover”. Pero me llené de admiración porque no vi de dónde venía el relámpago. Me detuve y no vi nada; ni señales de lluvia. Después me vine cerca donde hay unas piedras. Caminé como seis o siete pasos. Fue cuando vi otro relámpago, pero fue para abrirme la vista y se presentó ella. Entonces, yo estaba con mis pensamientos que si sería algo malo, que si sería la misma imagen de la capilla... Pero miraba que parpadeaba.. que era bella... El montón de piedras estaba... ella quedaba... como... la nube... como... cuando... donde están aquellas hojas de piedra, estaba cubierto de zacate Jaragua. Y había un arbolito de Morisco sobre las piedras y sobre ese árbol estaba la nube. Así quedaba la nube de alta... la nube era blanquísima... daba resplandor en toda dirección, rayos de luz con el sol. Sobre la nube estaban los pies de una bellísima Señora. Los pies los tenía descalzos. El vestido era blanco y largo. Tenía una cinta celeste en la cintura. Manga larga. La cubría un manto color crema pálido con bordados de oro en la orilla. Las manos las tenía juntas sobre el pecho. Parecía la imagen de la Virgen de Fátima. Yo quedé inmóvil. No tuve acción de correr, de gritar. No tuve miedo. Tuve sorpresa. Pensé y dije: “¿Qué estoy viendo?. ¿Será la imagen de la Purísima que me la vinieron a poner aquí... la imagen de la capilla... será por hacerme una broma porque yo dije que la vi iluminada... será un burla?. ¡Pero no!. Hubiera visto que la traían”. Entonces me pasé la mano por la cara porque creí que aquello era un sueño. Y yo dije: “Será que estoy dormido, pero no he tropezado con nada”.

Y cuando me quité las manos de la cara miré que tenía piel humana y movía la vista y parpadeaba. Entonces dije —en mi pensamiento porque no podía mover la lengua— dije: “Es viva”. “¡No es imagen! ¡Es viva!”. Mi pensamiento era la única cosa en mí que podía mover; me sentía como entumido, tiesa la mandíbula inferior y la lengua como dormida; todo inmóvil, como digo, sólo las ideas se movían en mi cabeza. En ese pensamiento estaba cuando ella extendió los brazos —como la Medalla Milagrosa que no había yo visto antes, pero que después me la enseñaron— extendió los brazos y de las

manos salieron rayos de luz más fuertes que el sol... ella estaba... quedaba en altura y me daban los rayos que salían de las manos hacia el pecho mío. Cuando ella dio la luz fue cuando yo me animé a hablar, porque yo fui el primero que le hablé... fui el que le hablé primero... cuando ella dio la luz pude mover la lengua, aunque medio tartamudo. Le dije: “¿Cómo se llama Usted?”. Ella me contestó con una voz dulcísima que jamás he oído de ninguna mujer, ni persona que hable suave. Me contestó que se llama María. Vi cómo movía los labios. Entonces dije: “¡Es viva! ¡Habló! ¡Me ha contestado mi pregunta!” Miré que podíamos entrar en una plática, que podía hablar con ella. Le pregunté, entonces, que de dónde venía. Me dijo con la misma dulzura: “Vengo del cielo. Soy la Madre de Jesús”. Al oír esto yo inmediatamente le pregunté —acordándome de lo que el sacerdote me había dicho— le pregunté: “¿Qué quiere?”. Ella me respondió: “Quiero que recen el Rosario todos los días”. Entonces yo interrumpí y le dije: “Si lo estamos rezando... el sacerdote nos trajo las intenciones de la Parroquia de San Francisco para que nos uniéramos a ellos”. Ella me dijo: “No quiero que lo recen solamente en el mes de mayo. Quiero que lo recen permanentemente, en familia... desde los niños que tengan uso de razón... que lo recen en una hora fija cuando ya no haya problemas con los quehaceres del hogar”.

Ella me explicó que el Señor no le gustan las oraciones que hacemos a la ligera o mecánicamente. Por eso nos recomienda el rezo del Rosario con la lectura de las citas bíblicas y que pongamos en práctica la Palabara de Dios. Cuando oí esto pensé y dije: “¿Cómo es esto? porque yo no sabía que el Rosario es bíblico. Por eso le pregunté y le dije “¿Dónde están las citas bíblicas?”. Me dijo que las buscara en la Biblia y continuó diciendo:

*“Amense.”*

*Cumplan con sus deberes.*

*Hagan la paz. No pidan la paz al Señor porque si ustedes no la hacen no habrá paz”.*

Después me dijo:

*“Renueva los cinco primeros sábados.*

*Muchas gracias recibieron cuando ustedes los hicieron”.*

Antes de la guerra nosotros lo hacíamos —nos confesábamos y comulgábamos cada primer sábado de mes— pero como ya el Señor nos había librado de que hubiera

derramamiento de sangre en Cuapa, ya no seguimos con esta práctica.

Después dijo:

*"Nicaragua ha sufrido mucho desde el terremoto. Está amenazada a sufrir más todavía. Seguirán sufriendo si ustedes no cambian".*

Y después de una breve pausa me dijo: *"Reza, reza, hijo mío, el Rosario por todo el mundo. Dile a creyentes y a no creyentes que al mundo lo acechan graves peligros. Pido al Señor que aplaque su justicia; pero, si ustedes no cambian, abreviarán la venida de una Tercera Guerra Mundial".*

Después de decir estas palabras yo comprendí que tenía que decirlo a la gente y le dije: "Señora, yo no quiero problemas, tengo muchísimos en la Iglesia. Dígaselo a otra persona".

Entonces me dijo ella:

*"No, porque el Señor te ha escogido a vos para que des el mensaje"*

Cuando ella me dijo eso, miré que la nube que la sostenía se iba elevando y me acordé de lo que había dicho Doña Consuelo Marín y le dije: "Señora, no se vaya porque quiero ir a avisar a Doña Consuelo porque ella me dijo que la quería ver".

Entonces me dijo ella:

*"No. No todos pueden verme. Ella me va a ver cuando me la lleve al cielo, pero que rece el Rosario como yo pido".*

Y después de decirme esto la nube no se detuvo, alzó los brazos al cielo como la imagen de la Asunción que yo he visto tantas veces en la Catedral de Juigalpa. Ella volvió a ver para arriba hacia el cielo y la nube que la sostenía, la fue elevando. Como ella estaba en un nicho de luz, ya cuando iba a cierta distancia desapareció. Entonces yo recogí el machete y el costal y la vara. Me fui a cortar los coyoles y pensé no decirlo a nadie. No decir nada de lo que había visto y oído.

Me fui a la capilla a rezar el Rosario y no dije nada. Cuando regresé a mi casa me sentí triste. Se me aumentaron los problemas con aquello. Entonces recé el Rosario otra vez pidiendo a la Santísima Virgen que me librara de tentaciones porque yo creí que era eso, una tentación. En la noche oí una voz que me decía que dijera. Me volví a despertar y volví a rezar el Rosario. No hallaba tranquilidad. Yo no se lo decía a nadie porque no quería que la gente hablara... ya andaban hablando porque había yo visto la imagen iluminada. Yo pensaba: "Con esto otro, será peor. Ya no tendré paz". Así fue que no quise decir nada. Y no volví al lugar de las apariciones. Se perdieron los mangos y los jocotes. Al río iba, pero por otro camino. Yo al río voy todos los días a bañarme y a darle agua a la ternera, una ternera

que tengo.

En este tiempo en que estaba yo guardando el secreto, se me puso un gran peso y oía como una voz que me decía que dijera. Pero yo siempre no quería decir. Como el sufrimiento era cada vez más grande buscaba cómo distraerme. Pero nada era distracción. Buscaba mis amistades para estar divertido, con amigos jóvenes y mayores de edad, pero siempre en lo mejor de las alegrías oía la voz y me llegaba la tristeza. Me iba poniendo flaco y pálido. La gente me preguntaba que qué me pasaba, que si estaba enfermo. Les decía que no. Así se pasaron ocho días.

El 16 de mayo iba de camino para dar de beber a la ternera. Iba cruzando el potrero sin poder divisar la ternera. Caminaba con un palo en la mano. Cuando me encontraba cerca de un Guapinol, ya a medio potrero, haciendo un sol recio porque estaba recto sobre mi cabeza, vi un relámpago. Eran las doce del día. En plena luz, porque como digo, había un sol ardiente ese día, cuando hubo otra luz más fuerte, más luz que aquella luz del mediodía. En ese relámpago se presentó ella. La miré de la misma manera como la había visto el 8 de mayo, con las manos juntas y luego las extendió. Y al extender las manos salieron rayos de luz hacia mí. Yo me quedé viéndola. Me quedé callado, pero me dije a mí mismo: "¡Es ella! Es la misma. La misma Señora se me ha aparecido". Pensé que venía a reclamarme todo lo que ella me había dicho que dijera. Me sentí culpable de no haber hablado como ella me lo había pedido y a la vez, en mi mente, yo decía: "No voy al lugar de las apariciones porque allí se me aparece, y ahora, se me aparece aquí. Bien voy a estar yo; me va a andar siguiendo donde quiera que yo ande". En este pensamiento estaba yo cuando me dijo con un tono... —con la voz suave— pero con un tono como de reprensión: "¿Por qué no has dicho lo que te mandé que dijeras?" Entonces yo le contesté: "Señora, es que tengo miedo. Tengo miedo de ser la irrisión de la gente, miedo de que se burlen de mí, que no me crean. El que no crea ésto, se burlará de mí. Dirá que estoy loco". Entonces me dijo: "No tengas miedo. Yo te voy a ayudar y dile al sacerdote". Diciendo esto hubo otro relámpago y en ese relámpago desapareció. Yo entonces seguí caminando, vi a la ternera que antes no divisaba, la llevé al río, le di agua y volví a mi casa. Me alisté para ir a la capilla y después recé el Rosario.

Pensé decírselo solamente a Doña Lilliam Ruiz de Martínez y a Doña Socorro Barea de Marín. Lo hice así. Tengo con ellas más confianza que con ninguna otra persona en la comunidad de Cuapa. Las lla-

mé aparte y les conté todo lo que había visto y oído. Entonces ellas me reprendieron. Era la primera vez que recibía una corrección sin contestar nada, porque siempre procuraba salir con la mía, con mis ideas. Y refunfuñaba. Les prometí que al día siguiente iba a decirlo. Me fui a mi casa y me acosté a dormir. Esa noche dormí tranquilamente. Amaneció el día siguiente y yo me sentía en gozo. Una alegría extraña. Todos los problemas, parecíame eso, se habían disipado. Era el 17 de mayo.

Entonces ese día lo conté a toda persona que vino a mi casa. Les contaba y ellos me ofan. Algunos me creían, otros ofan por curiosidad y disimulaban, otros no creían y se burlaban. Pero eso a mí no me importaba nada. Cuando se llegó la hora de rezar el Rosario lo hicimos y después les conté todo. De nuevo observé lo mismo: unos creían, otros no; unos se quedaban oyendo admirados... asombrados, otros como analizándolo; unos se quedaban callados, otros se reían y decían que estaba loco. Y así cada uno según sentía. Pero a esto yo no le tomaba importancia. Yo sentía un gozo al decir todo.

El 19 de mayo me fui a Juigalpa en la ma-

ñana y se lo conté al sacerdote, como me lo dijo la Señora. Le dije todo lo que había visto y oído. El me escuchó. Después me dijo: "¿No será alguno que te quiere asustar en esos montes?" Entonces le dije que no. Le dije que no, porque había posibilidad de hacerlo en el río y en el monte donde fui a cortar la vara, pero en el medio del potrero, donde pasó, no había forma. Allí nadie se puede ocultar. Es campo abierto. Entonces me dijo: "¿No será alguna tentación que te persigue?" Le dijo que no... eso yo no lo sabía porque yo sólo podía contarle lo que había visto y oído; pero eso de la tentación yo no lo podía decir porque no sabía. Entonces me dijo él que fuera al lugar de las apariciones y que allí rezara el Rosario. Que me santiguara cuando la viera y que no tuviera miedo porque, si era cosa mala o buena, a mí no me iba a suceder nada. También me dijo que no le dijera a nadie lo que viera o lo que oyera después. Pero que lo que ya había visto, eso sí podía decir en el pueblo de Cuapa.

Esta aparición la tomo como una continuación de la del 8 de mayo y le llamo la del reclamo.

## SEGUNDA VISION

El ocho de junio fui al lugar de las apariciones esperando ver a la Señora porque ella me había dicho que llegara. Llegué y recé el Rosario con algunas personas, pero la Señora no vino. Me regresé desconsolado.

En la noche, en sueños, se presentó. Era como de día, yo estaba en el lugar donde la vi por primera vez. Recé el Rosario. Al terminar vi de nuevo los dos relámpagos y ella se presentó. En el sueño, yo le dije: "¿Qué querés, Madre mía?" Ella me dio el mensaje como lo hizo la primera vez y después yo le dije algunas recomendaciones que tenía. Porque ya la gente me encargaba cosas para decirle a ella. Me contestó diciendo: "Unas se van a realizar, otras no".

Y yo me quedé sin saber cuáles se realizarían y cuáles no. Las peticiones que la gente de Cuapa me hacía eran variadas: unos pedían cosas más bien materiales como "tener suerte en el trabajo", "que yo gane más dinero", "que me cure de tal enfermedad", "tal otro problema..."; otros pedían algo espiritual como "tener paciencia", "amor a Dios", "fe", "perseverancia en la oración", "poder amar al que no me quiere y hace daño a los míos". Así yo no pude decir a la gente cuáles se cumplirían y cuáles no.

La Señora se presentó sobre el arbolito de Morisco como la primera vez. Estaba de cara al oriente. A la izquierda de ella, junto al montón de piedras donde crecía el arbolito,

dos cedros. Hoy uno ya no existe porque la gente se ha ido llevando el tronco poco a poco; el otro está también desapareciendo; así los cedros ya no son cedros; pelados, sin corteza, están secos. Sólo la parte del tronco unida a la raíz. Del arbolito de Morisco no queda nada; desapareció totalmente. A la derecha de ella, pero un poco más distante, hay cuatro palmeras de coyoles. Entre la primera y la segunda, viniendo del río, hay un espacio mayor; ella, alzando la mano derecha me señaló ese espacio y dijo:

"Mira el cielo".

Yo miré en esa dirección. El Jicaró que está enfrente, entre las dos palmeras, no me impedía ver porque tiene pocas ramas y es bajo. Ella presentó como una película en ese espacio que digo. Miré un gran grupo de personas que vestidas de blanco caminaban hacia donde sale el sol. Iban bañadas de claridad y alegres, cantaban. Los oía pero no entendía las palabras. Era una fiesta celestial. Era una alegría... un gozo... que jamás había visto. Ni en una procesión había yo visto eso. Los cuerpos despedían luz. Yo me sentía transportado. Ni yo mismo lo puedo explicar... En medio de mi admiración oí que ella me decía:

"Mira.

*Estas son las primeras comunidades cuando empezó el cristianismo. Son los primeros catecúmenos. Muchos de ellos fueron*



mártires.

¿Quieren ustedes ser mártires?

¿Te gustaría a vos ser mártir?

En ese momento yo no sabía bien qué significaba ser mártir —ahora sé, porque lo he preguntado, que es el que confiesa públicamente a Jesucristo, el que es testigo de El dando incluso la vida— pero, contesté que sí.

Después vi otro grupo, vestidos también de blanco con unos Rosarios luminosos en las manos. Las cuentas eran blanquísimas y echaban luces de colores. Uno de ellos traía un libro grande abierto. Leía y después de escuchar meditaban callados. Se le veía como en oración. Después de este rato de oración en silencio, rezaban el Padre Nuestro y diez Ave María. Yo rezaba con ellos. Al terminar el Rosario, la Señora me dijo:

“Estos son los primeros a quienes yo les di el Rosario. Así quiero que recen ustedes el Rosario”.

Yo le contesté a la Señora que sí. Algunas personas me han dicho que posiblemente se trata de los Dominicos. Yo no conozco esta orden religiosa, hasta la fecha no he visto nunca a uno de esa orden.

Después, vi un tercer grupo, todos vestidos de color café. Pero estos, yo conocí que parecían los Franciscanos. Siempre lo mismo: con Rosarios y rezaban. Cuando ellos iban pasando después de haber rezado, me dijo de nuevo la Señora:

“Estos recibieron el Rosario de manos de los primeros”.

/ Después venía un cuarto grupo. Era una gran procesión; pero, ya venían como nosotros vamos vestidos. Era un grupo tan numeroso que no se podría contar. En las anteriores vi muchos hombres y mujeres, pero ahora, era como un ejército de grande. Y traían Rosarios en las manos. Iban vestidos normalmente, de todo color. Yo me alegre mucho al verlos. Uno cuando está vestido diferente de otras personas se siente como raro... Al ver a los primeros no me sentí tan atraído por eso... los admiraba, pero no me sentía atraído por la diferencia que había en el vestir. Los admiraba, pero no me sentí en medio de ellos como al ver el último grupo. Sentí de pronto que podía entrar en ese número porque estaban vestidos igual que yo. Pero... me miré las manos y las vi negras; ellos, en cambio, como los anteriores, despedían luz. Los cuerpos eran





bellísimos. Entonces dije: "Señora, con éstos me voy porque están vestidos igual que yo". Ella me dijo:

*"No. Todavía te falta. Tenés que decir a la gente lo que has visto y oído"*.

Y añadió:

*"Te he mostrado la gloria del Señor y esto van a adquirir ustedes si obedecen al Señor, la Palabra del Señor; si ustedes perseveran en el rezo del Santo Rosario y ponen en práctica la Palabra del Señor"*.

Después de decirme esto la visión de la gloria del Señor desapareció y la nube que la sostenía la iba elevando al cielo y ella, con las manos arriba y la vista también hacia el cielo, parecía, como digo, la imagen de la Asunción. Y así, como que la nube la iba levantando, desapareció.

Yo tenía vedado del Padre contar lo que

veía y oía, sólo podía decirselo a él. Tomé el autobús temprano en la mañana del 9 de junio y se lo platicué al sacerdote. Yo creí que cuando le dijera a él, ya me daría enseguida permiso para que lo contara. No fue así. Cuando vi que no me decía "dile a la gente", entonces yo le pedí el permiso y me dijo que no; que lo guardara en secreto. Entonces empecé a sentir un peso horrible que no podía resistir y oía una voz que me decía que lo dijera. Empecé a sufrir como antes. Pero preferí obedecer al sacerdote y no lo dije hasta que me dio el permiso. Este fue dado el 24 de junio que es la fiesta patronal de Cuapa, para que lo dijera sólo a los del poblado. Ese día la Iglesia estaba llena de gente y yo salí a su encuentro para pedirle el permiso. Dos veces me dijo el Padre que no y en la tercera aceptó que lo dijera.

### **TERCERA VISION**

El ocho de julio fuimos al sitio de las apariciones. Fuimos como cuarenta personas. Rezamos y cantamos, pero no la vi. Yo roga-

ba en mis oraciones que la volviera a ver. En la noche, mientras dormía, tuve un sueño. Soñaba que estaba en el lugar de las apari-

ciones rezando por el mundo —en sueños yo me acordaba que la Señora me había dicho que rezara por Nicaragua y por todo el mundo porque lo acechan graves peligros— entonces, acordándome de esto y de que el sacerdote me había dicho, cuando le conté el mensaje de la Santísima Virgen, que rezara especialmente por las religiosas, por los sacerdotes y por los religiosos y por el Papa; acordándome de todo esto, me puse a rezar, me puse a encomendarlos. Y encomendé al mundo entero en el Rosario.

Pero había un muchacho de Cuapa que estaba preso. Había sido un pleito en una fiesta, lo habían acusado de contrarrevolucionario y se lo habían llevado preso después de la guerra. La hermana del muchacho me recomendó que pidiera por él. Estaba muy triste porque no podía hablar a solas con él y le daban muy poco tiempo para verlo cuando lo visitaba en la cárcel. Además, no los dejaban solos para conversar. Así, cuando terminé el Rosario caí en la cuenta que por este muchacho no había rezado y pensé: "Voy a rezar por él, pero el Rosario se me hace largo...". Pensaba yo esto en sueños pues como me creía estar en el lugar de las apariciones, me decía: "Tengo que ir a la casa... se me hará tarde para regresar... voy a rezar soamente las tres Ave María". En sueños me arrodillé y alcé los brazos; volví a ver para arriba rezando por el muchacho. Cuando bajé la vista a las piedras donde la Santísima Virgen se ha hecho presente, vi un ángel. Un ángel vestido con una túnica blanca, larga; era alto y muy joven. Su cuerpo estaba como empapado de luz. Tenía físico de hombre y voz de hombre. No llevaba ningún adorno, ni manto, ni corona. Sencillo pero bello. Los pies no estaban sobre una nube. Los pies descalzos. Tenía un aspecto amable y acogedor y una gran serenidad. Yo sentía reverencia ante él, pero el sentimiento mío hacia él era distinto que ante la Señora... como si ella fuera alguien más grande... Ella más que él... Yo no me sé explicar, es difícil de decir... Sin embargo, a pesar de que ella me inspiraba más respeto, digo... como un respeto mayor, una reverencia más grande aún que la que sentía ante el ángel, yo a ella me atrevía a preguntarle. Y le hablaba y le pedía. Con el ángel casi no hablé.

Oí que el ángel me dijo:

*"Tu oración ha sido escuchada".*

Después de un momento de silencio añadió:

*"Ve y di a la hermana del preso que el*

*domingo vaya a consolarlo porque está muy triste;*

*que le aconseje que no firme un documento, que lo van a presionar para que firme ese papel haciéndose responsable de un dinero; él es inocente.*

*Que ella no se aflija, que va a poder hablar con él a solas mucho tiempo, que la van a tratar con amabilidad;*

*que vaya el lunes al comando de Juigalpa a dar todos los pasos para sacarlo porque ese día lo van a dar;*

*que lleve mil córdobas porque le van a cobrar multa".*

Entonces yo le dije que tenía otra recomendación de una prima que vive en Zelaya y que había venido a Cuapa a verme para pedirme que le hablara a la Santísima Virgen sobre dos problemas. Problemas en el hogar por el vicio del licor y problemas en el trabajo por cambios que ha traído la Revolución. Ella quería saber cómo se podía solucionar lo del vicio del papá y del hermano, debido a los problemas en el hogar que ocasiona la violencia de ellos cuando han tomado demasiado. También quería ella saber qué podía hacer con los problemas en su trabajo como profesora. Me explicó ella que no quería perder su trabajo, pero que le parecía que poco a poco le iban a hacer negar su fe. Así estaba sufriendo mucho porque no quería perder el trabajo, pero menos aún quería ella negar su fe.

Así fue que yo dije al ángel que tenía dos recomendaciones para la Santísima Virgen de una prima y, sin entrar en detalles, le dije que se trataba de problemas en el hogar por el vicio del papá y del hermano y de problemas en el trabajo. No entré más en detalles. El ángel me contestó diciendo:

*"Que las personas que los rodean tengan paciencia con ellos, que no les reclamen nada cuando ellos están ebrios".*

Después añadió:

*"Ve y di a ellos que no sigan con ese vicio, que lo hagan poco a poco y que así se irá quitando el deseo".*

Luego me dijo que a mi primo le avisara que le iban a robar, le iban a asaltar, le iban a tirar en un pie hiriéndole el talón izquierdo y que más tarde, lo iban a matar. Entonces, al oír esto, yo me asusté tanto que le dije al ángel: "¿No se revocará esa sentencia contra mi primo rezando muchos Rosarios?". El contestó:

*"No. De eso va a morir, pero se le puede prolongar la vida si él toma tus consejos".*

Luego añadió para mi prima:

*"Que no tenga miedo.*

*Que se mantenga firme donde está.  
Que no abandone el trabajo porque como profesora que tiene fe en el Señor puede hacer mucho bien a los hombres”.*

Y continuó diciendo:

*“No den la espalda a los problemas y no maldigan a nadie”.*

Esto me dijo el ángel al final y desapareció. Yo desperté. Me puse a rezar el Rosario inmediatamente. Sin distraerme por lo del sueño. Después me puse a pensar en todo lo que había soñado. Me acordaba de todo, como si hubiera quedado impreso en mí. No sabía qué pensar. Pero dispuse decirlo a la hermana del preso en secreto porque temía que no se cumpliera. La gente comentaba respecto a lo que vi de la gloria del Señor el día ocho de junio y decían: “¿Quién ha ido y quién ha vuelto? Está loco Bernardo. Hay que llevarlo al manicomio”. Por eso tenía miedo. Se lo conté a Doña Socorro diciéndole que solamente era para ella. Al día siguiente se lo dije. Ella me dijo que cómo podía ser eso porque no la dejaban hablar a solas con él. Yo le dije que ella tuviera confianza en el Señor y que fuera que hiciera todo como el ángel mandaba. Y juntos rezamos el Rosario por el hermano preso. Ella se fue a verlo el domingo 13 de julio; estuvo en la cárcel mucho tiempo con él a solas, por eso le pudo decir que no firmara el documento. Todos estuvieron amables con ella. Cuando regresó a Cuapa ese mismo día del domingo, por la tarde, pidió prestados mil córdobas a un señor que nunca presta nada sin empeñar algo. A ella se los dio sin garantías, sin fianza y todavía le dijo: “Si más quiere, más le doy”. Al muchacho le presentaron el documento, pero él se negó a firmarlo. Doña Socorro fue el lunes al comando de Juigalpa a dar todos los pasos para ver si lo sacaban. Encontró amables a los del comando. Le dieron al hermano en libertad y le cobraron una multa de mil córdobas. Dijo ella que era pobre, si podían rebajarle algo y le perdonaron 200 córdobas. Todo se cumplió. Nada más salir se regresaron a Cuapa y llegaron a mi casa a darme las gracias. Yo les dije que a mí no me las dieran, sino al Señor y a la Santísima Virgen. Les recomendé que rezaran el Rosario. Doña Socorro estaba feliz y me pidió si podía contarle a la gente. Yo le dije que sí.

Muchos vinieron a creer por este acontecimiento que fue como una prenda o una fianza para mí y para otros.

El salió de la cárcel el lunes 14 de julio y

al día siguiente yo me fui a Zelaya a decirles el mensaje recibido. Hablé con los tres. Ella me creyó y me dijo que continuarla como profesora. El tío me oyó y me prometió que procuraría ir poco a poco quitándose del vicio. Después me fui a caballo hasta la finca del primo pero él no me creyó. No creyó nada. El escuchaba pero como por respeto humano. Fue indiferente conmigo y hasta duro porque en tono de insulto, me dijo: “Primo, ¿anda usted buscando cómo tomar un trago?”.

Me volví triste a mi casa rezando el Rosario por él. A los pocos días oí decir que le habían robado y le habían asaltado la casa. Entonces yo volví a ir a Zelaya para aconsejarlo, para decirle que vendiera la finca y que volviera a Cuapa para que así se quitara de las ocasiones. No me oyó, a pesar de que se había cumplido parte de lo que le anuncié en mi viaje anterior: Le anuncié un robo. Se le robaron dos mulas. Le anuncié un asalto. Una noche le forzaron la puerta y le robaron de nuevo.

Le anuncié que sería herido en el talón del pie izquierdo. Y así fue. En este segundo viaje a Zelaya, él mismo me mostró la herida, pero no creyó. Decla que era casualidad. No hubo cambio en él.

Regresé de nuevo a Cuapa triste también. ¡Desconsolado! Rezaba el Rosario por él.

A los dos meses y un día, es decir, el nueve de septiembre de 1980, la cuñada de él quien vive en Cuapa y no creía nada de lo que yo decla, recibió un telegrama avisándole que a mi primo lo habían matado. A las doce de la noche de ese mismo día, que era también el día siguiente de la cuarta visión, llegó el cadáver a Cuapa.

Todo lo que el ángel me dijo se cumplió exactamente.

En agosto tenía cita con la Señora, pero no hubo. No pudimos llegar al lugar porque estaba hondo el río, estaba lleno. La corriente era muy fuerte, se salía del cauce, por los vendavales. Unas grandes lluvias desde el día siete, toda esa noche y todo el día siguiente... sin cesar todo el día ocho de agosto llovió. ¡Y era imposible pasar! Iba yo acompañado de un grupo de personas. Todas mujeres. Llegados a la orilla del río intentamos pasar pero fue imposible, ni a caballo se hubiera podido. Yo decla: “Aunque sea solo me paso”. Pero miré y dije: “¡No! ¡solo no puedo! ¡Me lleva la corriente tan fuerte de este río!”. Continuaba lloviendo.

Estábamos debajo de la lluvia todos empapados. Entonces le dije a la gente: "La Santísima Virgen, la Madre Santísima, nos oye donde quiera que estemos". Y ya no seguimos intentando cruzar el río para llegar hasta el sitio de las apariciones. Nos sentamos en las piedras junto al río, otros se quedaron de pie. Allí rezamos con muchos cantos el Rosario. Cuando íbamos de vuelta no teníamos frío y no estábamos tristes.

Cuando ya fue posible pasar volvimos al lugar de las apariciones. Pero no hubo nada, ni sentía que iba a venir la Señora. Me hacía falta verla. Ya yo me había familiarizado con la idea de su venida. Me sentía alegre de esperarla y más de verla.

Otra cosa que sucedió en este mes es que yo veía que el sacerdote no me creía. El, por educación, procuraba no mostrarlo, pero... no. El no creía. Nunca había mostrado interés en ir al lugar de las apariciones.

Pero un día llegó a la capilla, celebró misa y después me dijo que quería ir al lugar de las apariciones. Pero me dijo que no le indicara el camino y que no hablara con él. Así fue. Llegamos al sitio. Miraba que él miraba por todos lados. Miraba como reconociendo algo. Después me dijo señalando el sitio preciso: "Con este lugar soñé anoche".

Con esto el cambió. Antes de esto echaba de ver que él no aceptaba. Me podía dar cuenta. Pero no lo juzgo porque quizá ha sido un instrumento para conocer la verdad.

A finales de agosto le dije un día: "Padre, estoy triste porque no pudimos cruzar el río a causa de las grandes corrientes. ¿Sería que ella esperaba que nosotros cruzáramos el río el 8 de agosto? ¿Será que no va a volver?" Y él me dijo: "Ora y se va a volver a aparecer".

El dijo eso con seguridad.

## CUARTA VISION

El ocho de septiembre fui al lugar de las apariciones con la esperanza de la cita que no se había cumplido para mí en agosto. Fui de nuevo acompañado de muchas personas; iban también algunos niños. Rezamos el Rosario y tan pronto terminamos vi un relámpago. Sólo se vio la iluminación. Eran las tres de la tarde. El día estaba claro, no había señales de lluvia. Yo pensé y dije: "¡Ya va a venir la Señora!" Otra señal era la alegría que siento por dentro cuando ya la voy a ver. Luego vi otro relámpago, el segundo que siempre es para verla, y la vi sobre la nube. La nube sobre el árbol de Morisco que estaba ya sin hojas —la gente de Cuapa se las había ido llevando poco a poco— el arbolito, sembrado en medio de las piedras y de las espinas de Dormilona, parecía seco; porque el árbol de Morisco es color café y al haber quedado sin hojas, más apariencia de seco tenía. Pero no, no estaba seco; si se rascaba la corteza que es fina, se veía verde dentro. Así sobre todo esto estaba la Virgen María. La vi niña. ¡Bellísima! ¡Pero pequeña! Vestía una túnica color crema pálido. No tenía velo, ni corona, ni manto. Ningún adorno, ni bordado. El vestido era largo, manga larga y estaba ceñido con un cordón rosado. El cabello le caía a los hombros y era color café. Los ojos, también, aunque más claros, casi color miel. Toda ella irradiaba luz. Se parecía a la Señora, pero era una niña.

Yo estaba admirado viéndola sin decir

palabra; en eso oí su voz de niña, como una niña de siete... ocho... años. Con una voz dulcísima dio el mensaje; todo idéntico. Al terminar yo pensé que siendo niña iba a ser más fácil que se dejara ver por las otras personas que me acompañaban. Esa era mi lucha. Decía yo: "¡Que los otros la vean!". Entonces yo le dije: "Déjate ver para que todo el mundo crea. Estas personas que están aquí quieren conocerte". La gente me oía a mí, pero a ella no. Estuve hablando mucho queriéndola seducir para que se dejara ver, pero después de escucharme me dijo:

*"No. Basta con que vos les des el mensaje porque el que va a creer con eso basta y el que no va a creer aunque me mire no creerá".*

Esta palabra de ella se ha cumplido. Yo hoy puedo ver la incredulidad o la fe de una persona: Han venido personas que no buscan ver ninguna señal; les basta con el mensaje, lo acogen y algunas con grandes necesidades... no piden un milagro, no piden curaciones, prefieren confiar en el Señor. Otras hay que con las señales han venido a creer. Yo conocí a un señor que henchido de gozo, me dijo: "Bernardo, ahora sí creo que la Virgen se te apareció. ¡Dichoso vos! ¡La estoy viendo yo también!" Y me señaló el lugar. Era en la capilla vieja, donde antes estaba el altar. A los pocos pasos estaba otro hombre que al verme pasar cerca me dijo lleno de indiferen-

cia: "Es cierto que ahí está. Pero eso no es más que seres de otros planetas. Son OVNI". Esto sucedió el 7 de mayo de 1981, víspera del primer aniversario de la primera aparición.

Entonces yo ya no insistí más con ella de que se dejara ver, sino que le hablé del templo que la gente quería hacer en honor a ella. El Padre Domingo nos dijo que eso no lo podía decidir él, que se lo dijéramos a la Santísima Virgen. Así fue cómo yo le hice esta pregunta. Porque un señor de Matagalpa nos había dado ya C\$80.00 córdobas para este fin. Ella me contestó diciendo:

*"No. El Señor no quiere templos materiales. Quiere los templos vivos que son ustedes. Restauren el sagrado templo del Señor. En ustedes tiene el Señor todas sus complacencias".*

Y continuó diciendo:

*"Amense. Amense unos a otros.*

*Perdónense.*

*Hagan la paz. No la pidan sólo. ¡Háganla!"*

Yo le dije que qué hacía con los C\$80.00 córdobas que tenía en las manos. Pensaba

yo si debía devolverlos. Me dijo que los diera para la construcción de la capilla de Cuapa. Y añadió:

*"De hoy en adelante no tomes ni un centavo para ninguna cosa".*

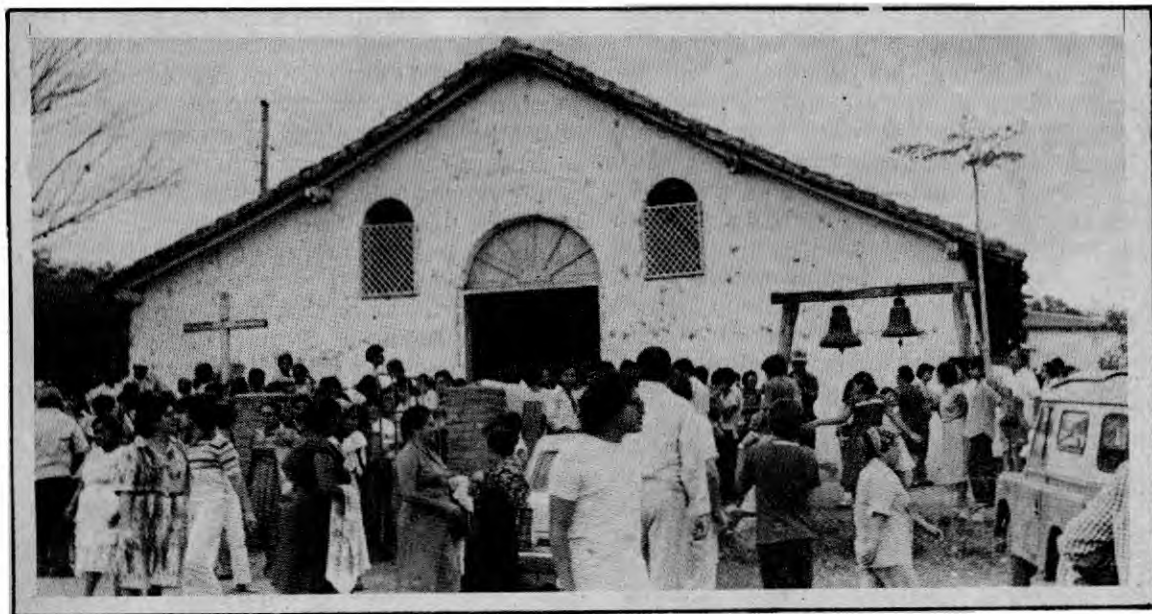
Después me dijo que no dijera "Iglesia" a lo material porque la Iglesia y los templos somos nosotros; que esas con capillas o casas de oración. Yo, a veces, me equivoco por la costumbre que tengo y digo "Iglesia" en vez de "capilla".

En este momento se me vino a la mente una duda que yo tenía. Yo había pensado preguntarle mi duda porque no sabía si seguir o no en el catecumenado. Lo hice para ver qué me aconsejaba. Ella me dijo:

*"No. No salgas. Siempre sigue firme en el catecumenado. Poco a poco vas a comprender todo lo que significa el catecumenado. En comunidad mediten las Bienaventuranzas alejados del bullicio".*

Después añadió:

*"No voy a volver el 8 de octubre, sino el 13". Y la nube la elevó. Así... como las otras veces que la había visto.*



## QUINTA VISION

En octubre, el ocho, fuimos al lugar de las apariciones. Yo sabía que no llegaría porque la Niña me lo había dicho y se lo dije a la gente —la gente ya me seguía— pero

quisieron acercarse a rezar el Rosario junto al montón de piedras. Querían hacerlo por devoción.

El 13, que era un lunes, tuvimos una ce-

lebración en la capilla a las diez de la mañana. Después nos fuimos un grupo de unas cincuenta personas al lugar de las apariciones. Una pequeña peregrinación. Fuimos rezando el Rosario y cantando. Al llegar colocamos las flores que la gente llevaba sobre el montón de piedras. Empezamos otro Rosario. El cielo estaba con rumores de lluvia, con grandes nubarrones. Parecía que iba a llover. Cuando estábamos en el tercer misterio, el Nacimiento del Hijo de Dios, sentí la emoción que siempre siento cuando ya se acerca el momento de verla. Pero no quise perturbar el rezo del Rosario. Al final cantamos "Sagrada Reina del Cielo". Estábamos repitiendo esa parte que dice: "Luciente Estrella del día, dadme gracia con que os pueda cantar el Ave María", cuando de pronto se formó un gran círculo luminoso en la tierra. Todos, sin excepción alguna, lo vieron; como un solo rayo que caía y marcaba este círculo luminoso en el suelo. La luz venía de arriba. La luz que venía era como un foco y al llegar al suelo se esparcía. Viendo cómo esta luz caía sobre las cabezas de todos los que estaban allí, yo volví a ver hacia arriba y vi que se había formado un círculo también en el cielo. Como cuando nosotros decimos "tiene casa la luna" o "tiene casa el sol". Este círculo daba luces de colores, sin tener que ver con el sol. Este no estaba allí, el sol estaba ya bajando.

Una niña que estaba cogida de la mano de su mamá se quiso soltar de su mano diciéndole que la Señora la llamaba. La mamá la cogió más fuerte y no la dejó moverse. Esto me lo contó la mamá misma de la niña después que hubo pasado la aparición.

Eran las tres de la tarde. Se sentía una pequeña brisa que caía suavemente. ¡Agradable! Como un rocío fresco, pero que no nos mojaba. Mientras notábamos esto, estábamos en silencio y seguíamos viendo aquel círculo de luz que daba luces de colores justo en el medio, donde está el sol a las doce del día.

De pronto un relámpago, igual que las otras veces; luego, un segundo. Bajé la vista y vi a la Señora. Esta vez la nube estaba sobre las flores que habíamos llevado y sobre la nube los pies de la Señora. ¡Bellísima! Ella extendió las manos y nos llegaron rayos de luz a todos".

Yo al ver a la Señora así con sus brazos extendidos dije a la gente: "¡Mirenla! ¡Ahí está!".

Nadie me contestó nada. Entonces dije a la Señora que se dejara ver, que las perso-

nas que estaban allí querían verla. Dijo Ella: "No. No todos pueden verme".

Yo dije de nuevo a la gente:

"La Señora está en el montón de piedras sobre las flores".

Oí que algunas de las personas lloraban. Oí que sollozaban. Una señora que se llama Mildred me dijo: "No veo más que una sombra, como una imagen, sobre las flores. "Yo volvía a insistir con la Señora que se dejara ver y de nuevo me dijo que no. Entonces volví a decir a la gente:

"Miren las flores sobre las piedras".

Nadie me contestó nada. Entonces dije a la Señora:

"Señora, ¡que te miren para que crean! porque muchos no creen. Me dicen que a mí se me aparece el Diablo. Y que la Virgen está muerta y hecha polvo como cualquier mortal. ¡Que te vean, Señora!".

Ella no me contestó nada. Se llevó las manos al pecho en actitud como la imagen de la Dolorosa —esa imagen que se lleva en procesión en la Semana Santa— y como esa imagen puso el rostro pálido, el manto cambió a un color gris, puso el rostro triste y lloró. Yo también lloré. Yo temblaba al verla así. Le dije:

"Señora, ¡Perdóneme por lo que le he dicho! ¡Yo soy culpable! Usted está enojada conmigo. ¡Perdóneme! ¡Perdóneme!

Entonces me contestó diciendo:

"Yo no estoy enojada ni me enoja".

Le pregunté yo:

"¿Y por qué llora? ¿La veo llorando?"

Ella me dijo:

"Me da tristeza la dureza del corazón de esas personas. Pero vos tenés que hacer oración por ellas para que cambien".

Yo no pude hablar. Seguí llorando. Sentía que el corazón me lo oprimían. Me sentía muy triste, como si me iba a morir de dolor allí mismo. Mi único desahogo era llorar. Ya no seguí insistiendo en que se dejara ver. Me sentía culpable por habérselo dicho. No soportaba verla llorar. Mientras yo continuaba llorando, ella dio el mensaje:

"Recen el Rosario, mediten los misterios.

Escuchen la Palabra de Dios en ellos dicha. Amense. Amense unos a otros.

Perdónense.

Hagan la paz. No pidan la paz sin hacerla porque si no la hacen no sirve para nada el que la pidan.

Cumplan con sus deberes.

Pongan en práctica la Palabra del Señor.

Busquen ser agradables a Dios.

Sirvan al prójimo que así le agradan".

Cuando terminó de dar el mensaje, yo me acordé de las recomendaciones de las personas de Cuapa. Le dije: "Señora, tengo muchas recomendaciones, pero se me han olvidado. Son muchísimas. Usted, Señora, las sabe todas". Entonces, me dijo ella:

*"Me piden cosas sin importancia.*

*Pidan fe para tener fuerza para llevar cada uno su cruz.*

*Los sufrimientos de este mundo no se les pueden quitar. Los sufrimientos es la cruz que ustedes tienen que llevar.*

*La vida así es. Hay problemas con el marido, con la esposa, con los hijos, con los hermanos. Hablen, platiquen para que resuelvan los problemas en paz.*

*No vayan a la violencia. Nunca vayan a la violencia. Pidan fe para tener paciencia"*

Así ella me ha dado a entender que si pedimos con fe ser librados de un sufrimiento, seremos librados si ese sufrimiento no es la cruz que hay que cargar; pero cuando el sufrimiento es la cruz de la persona, entonces permanece como un peso que es gloria. Por eso ella nos dice que pidamos fe para recibir fortaleza y paciencia.

Después me dijo:

*"Ya no me verás más en este lugar".*

Yo pensé que definitivamente no la vería más y me puse a gritar:

*"¡No nos dejes, Madre mía!"*

*¡No nos dejes, Madre mía!"*

*¡No nos dejes, Madre mía!"*

Yo hablaba por los que no estaban hablando, entonces me dijo:

*"No se aflijan. Yo estoy con ustedes aunque no me miren.*

*Soy la Madre de todos ustedes, pecadores.*

*Amense unos a otros.*

*Perdónense.*

*Hagan la paz porque si ustedes no la hacen no habrá paz.*

*No vayan a la violencia.*

*No vayan nunca a la violencia.*

*Nicaragua ha sufrido mucho desde el terremoto y seguirá sufriendo si ustedes no cambian.*

*Si ustedes no cambian abreviarán la venida de la tercera guerra mundial.*

*Reza, reza, hijo mío, por todo el mundo. Al mundo lo acechan graves peligros.*

*Una madre no olvida nunca a sus hijos.*

*Y yo no he olvidado lo que ustedes sufren.*

*Soy la Madre de todos ustedes, pecadores.*

*Invóquenme con estas palabras:*

*Santísima Virgen, vos sos mi Madre,*

*La Madre de todos nosotros, pecadores'*

Y después de haber dicho esto tres veces se fue elevando como que la nube la empujaba. Cuando iba en dirección de las ramas del cedro desapareció.

Con esto termino el relato de las apariciones de la Santísima Virgen en el Valle de Cuapa, en el año 80.

El mensaje es lo importante. Podemos aceptarlo o podemos rechazarlo. Somos libres. El Señor respeta nuestra libertad.

Yo no soy más que una caña podrida por la cual pasa el mensaje. En mi ignorancia lo digo pobremente, pero el Señor suple mi pobreza.

Nosotros sintámonos dichosos por esta maravilla que el Señor ha hecho en medio de nosotros y estemos seguros que si nos disponemos El será nuestra PAZ. La PAZ que nosotros tenemos que hacer en Nicaragua y en el mundo entero. La Santísima Virgen nos dice que hagamos la PAZ y la PAZ es Jesucristo.

Yo no dejaré nunca de repetir el mensaje. Mientras mi lengua tenga movimiento lo gritaré a los cuatro vientos.



